

Joaquín Sabina, en gris

ADELA TARIFA



Lo confieso. Los viajes me parecen cortos cuando es-
cucho a Joaquín Sabina.
Creo que es un artista
como la copa de un pino. O sea, soy
fan de su música. Aunque muchas
veces no comparto la letra. Ni su fi-
losofía vital. Bueno, tampoco me
gusta el talento humano de Picasso,
pero no niego su genialidad. Al Ce-
sar lo que es del Cesar...

Yo he visto alguna vez a Sabina
por las calles de Úbeda. Creo que
venía a visitar a su madre, Adela.
Puede que viniera también a otras
cosas. En su ciudad natal lo han
tratado bien, me parece. Hasta le pu-
sieron su nombre a la Escuela de
Música. Y eso que Úbeda no se ca-
racteriza por rendir homenajes. Di-
cen algunos que es una ciudad fría,
como sus piedras. Y san Juan de la
Cruz opinaba que era lugar difícil
para el amor. Pero a cambio es be-
llísima, tiene cierto aire cosmopoli-
ta, y se puede vivir casi de incógn-
ito. Yo estoy feliz aquí. Es mi pa-
tria adoptiva, y la nativa de Sabina,
que vino al mundo el 12 de febrero
de 1949, pocos meses antes que una
servidora. Era el segundo hijo de un
matrimonio tradicional, burgués.
La madre, ama de casa. El padre, in-
spector jefe de la policía. La prime-
ra novia era hija de un notario, con
la que acaso iba al cine de verano,
aunque siempre pusieran una de
romanos... Al notario no le gustaba
este mozo ácrata para su chica. Nor-
mal. Aquellos progenitores fran-
quistas de 'niños bien', educados en
colegios religiosos, no entendían

por qué los retoños les salieran ro-
jos. Más lógico es que Muñoz Mo-
lina tirara a la izquierda, viendo
como su padre se deslomaba en el
campo desde el amanecer para abas-
tecer un puesto del mercado. En la
casa de Sabina no había escasez.
Cuentan que el padre le quiso re-
galar un reloj tras la reválida de cuar-
to, pero prefirió una guitarra. Su
hermano sí aceptó el reloj. Hoy es
policía (creo que jubilado); una be-
llísima persona, dicen. Yo también
acepté el reloj. Mi padre fue un poco
más generoso, porque me lo com-
pró nada más aprobar el ingreso de
bachillerato. Todavía lo conservo.
También nos regaló a mi hermana
y a mí una guitarra, de las corrien-
tes. Todavía la añoro. Aunque no se
me pasaba por la cabeza ganarme la
vida con ella. Es que, si quería rom-
per la fuerza del destino, no queda-
ba otra que aprovechar la beca y es-
tudiar. Así, entre exámenes de fa-
cultad, oposiciones, tesis doctoral,
madrugones de trabajo, y malas no-
ches para criar a los hijos, viví los
coletazos del franquismo y la llega-
da de la democracia. Una vida sin
sobresaltos, sin exilios a Londres
por poner bombas o acoger a etarras
en casa. Sin cambios de pareja. Sin
fama. Sin Medallas de Oro. Sin ha-
cerme rica. Y sin amistades influ-
yentes. Porque en los mentideros
de Madrid se dice que a Sabina, re-
publicano convencido, lo han visi-
tado los monarcas a su casa, por la
placeta de Tirso de Molina. A lo me-
jor es un bulo.

Sí, Sabina, con el que se han cru-

zado los caminos de mi vida algu-
na vez, eligió uno muy distinto al
mío. Tenía derecho a hacerlo. Cuan-
do él se matriculó en la facultad de
Letras de Granada, en el convulso
68, yo ya iba por tercero de carrera.
Seguro que nos vimos en los pasi-
llos del edificio de Puentezuelas,
aunque él era un novato aún. Se ve
que el muchacho se tomaba lo de
los estudios con calma. Se lo podría
permitir. Por entonces casi todos
los universitarios leímos la biogra-
fía de Mao, íbamos al cine de la pla-
ceta del Príncipe, y odiábamos a 'los
grises'. Luego cada cual sacó sus con-
clusiones. Que en eso consiste ma-
durar. Pasados los años, con la tran-
sición, lo que más nos fastidiaba era
ver a Borrell en la TV diciendo que
Hacienda somos todos. Pero com-
prendimos que llevaba razón. Hoy
no me arrepiento de ser una buena
ciudadana en este aspecto, y aplau-
do cualquier medida que saque los
colores, y los billetes, a los defrau-
dadores. Lo que me irrita es que ven-
gan a dar lecciones de justicia so-
cial, de solidaridad, o de marxismo,
algunos famosos que predicán lo
que no practican. A Sabina, a quien
no le gustaban los hombres con tra-
je gris, al parecer lo han pescado con
una deuda fiscal de 4 millones de
euros. Lo siento amigo, tus cancio-
nes ya no me suena igual desde que
te han hecho un traje gris, con cor-
bata incluida. Porque a tus 65 años
no sigues ni igual de flaco, ni igual
de calavera. Colega, si no pagas, nos
estas robando a muchos el mes de
abril. ¡Qué preciosa canción!